
BOLETÍN DECENAL

ESTADO MAYOR CENTRAL DEL MINISTERIO DE DEFENSA NACIONAL



10 SET. 1979

SECCIÓN DE INFORMACIÓN DEL EJÉRCITO DE TIERRA

SUMARIO

Páginas

EL HOY Y EL MAÑANA.	1
UN MAR INCONTROLADO Y UN DIS- CURSO EN CIERNES.	4
GÉRMESES PATÓGENOS EN LA RE- TAGUARDIA FACCIOSA.	5
VINIERON, CON DISFRAZ DE CATA- LANES, LOS PRIMEROS GUERRE- ROS «VOLUNTARIOS».	7
VERDADES COMO PUÑOS EN BOCA DE TRAIADORES.	10
EL PROBLEMA DE «LOS ÚLTIMOS 600 METROS».	12
EN LA ZONA FACCIOSA.	15

Boletín Decenal

Sección de Información del Estado Mayor del Ejército de Tierra

La situación militar

El hoy y el mañana

· Fracasada la contraofensiva facciosa en el Centro, fracasada igualmente en Besas y Campillo la tentativa hecha por el sector turolense, Franco ha vuelto a operar por el Norte. Busca ventajas espectaculares que explotar diplomáticamente. Y aprovecha los factores geográficos que desde las Encartaciones a Grado le aseguran provisionalmente superioridades estratégicas. Así Ludendorff, en la Gran Guerra, desesperando de vencer en los frentes occidentales, revolviase contra rumanos, rusos, italianos y serbios y procuraba obtener sobre ellos éxitos de resonancia que hicieran olvidar a los neutros su impotencia ante el principal enemigo.

¿Por qué no han hecho los rebeldes un esfuerzo grande, una operación de largo aliento, para ampliar sus fáciles avances de los Montes Universales? Se habían acercado a la Sierra Carbonera y a la famosa Muela de San Juan. La Muela de San Juan es un nudo hidrográfico de mucha importancia. El Tajo, el Cabriel, el Guadalaviar, el Júcar nacen allí y su nacimiento determina una orografía abundante en valles estrechos, que se van ensanchando y que son caminos que llevan al corazón de la Baja Castilla y a las playas mediterráneas. Un estratega habría acumulado en esa región sus elementos de choque. Pero Franco, aparte de que como estratega es muy mediano, según dijo Ludendorff, buen juez en la materia, vese obligado a actuar militarmente obedeciendo razones de orden político. A las consideraciones técnicas ha de preferir las más subalternas, de necesidad inmediata. Exigente sus empresarios victorias, aunque sean estériles. Y cede a sus exigencias. Y gasta en ofensivas septentrionales el tiempo, los hombres y los medios que, lógicamente pensando, debía destinar a empeños decisivos.

* * *

Nuestras líneas de la provincia de Santander, a fines de junio, formaban, por el Sur, una bolsa, un saliente en cuyo centro estaba Reinosa. El ataque faccioso, pues,

tenía que ser doble. Y lo ha sido. Tuvo como eje, al Este, la carretera general que pasa por Soncillo y las inmediaciones de Corconte y que domina la posición de la Cuesta del Escudo, y al Oeste, la zona de Oma y Suano. En un sector limitadísimo se reunieron cien aviones, ochenta tanques, una gran masa de artillería y cuatro divisiones italianas, amén de tabores marroquíes y otras fuerzas. Nuestros soldados se defendieron heroicamente, pero tuvieron que repliegarse a otras líneas, donde siguen resistiendo cuando escribimos estos comentarios. Es de suponer que el ataque se extenderá por la frontera de Viscaya. Y es probable que sea apoyado, a Occidente, por otro sobre los límites de Asturias con la Montaña.

En todo el Norte nos batimos en condiciones de manifiesta inferioridad. Nuestra aviación no cuenta casi con aeródromos. En cambio la de ellos dispone de los de Castilla la Vieja, León, Galicia y Navarra. Por otra parte, las autoridades legítimas han de resolver difficilísimos problemas de abastecimientos. El mar nos es hostil, más que por el bloqueo fascista, por la extraña actitud de determinadas marinas extranjeras, que olvidadas de su tradición, se han convertido en cómplices navales de los facciosos. La ayuda a los bravos republicanos norteos no puede ser directa más que de un modo asaz precario. Para auxiliarles hay que recurrir a medios indirectos. Por fortuna, no faltan...

¿Quién dirige la maniobra rebelde? Según parece, el general italiano Sandro Piazzoni. En nuestras manos ha caído una rimbombante alocución, dirigida a los batallones de Flechas Negras, que empieza así: «Del mismo modo que fuisteis los primeros en llegar a las puertas de Bilbao, así ahora, en otro épico salto, audaz y prepotente, habéis penetrado los primeros en la provincia de Santander.» Dicha alocución acaba con estas palabras: «Con el corazón en alto, el espíritu en tensión y las bayonetas afiladas, estad preparados. La gloria os espera más adelante. Vuestro general, Sandro Piazzoni.»

Don Mariano Gamir, general del ejército republicano del Norte, ha hecho traducir el insolente papel italiano en español y acompañado de oportunos comentarios lo ha devuelto, en forma de hoja arrojada por nuestros aviones, al campo enemigo.

¡Sandro Piazzoni! ¡Flechas Negras! ¡Cien aviones construidos en Alemania y tripulados por pilotos germanos! ¡Infantería moral! ¡Ochenta tanques guiados por italianos!... Y todo esto operando en la españolísima e hidalguísima Montaña santanderina, solar de claros linajes, contra un ejército de españoles auténticos, flor de la raza... Verdaderamente nacionalismo más extraño que el de Franco y consortes no se vio jamás.

• • •

La retaguardia franquista sigue en efervescencia. Hubo que cerrar la frontera en Irán a causa de los graves desórdenes ocurridos en San Sebastián. En el Albaicín y San Lázaro, dos barrios populares granadinos, ha vuelto a haber luchas. El fragor del combate llegaba perfectamente a oídos de las vanguardias republicanas, que ocupan posiciones por los alrededores de Hútor-Santillán. En Toledo y Talavera también se ha

luchado nuevamente. Y los facciosos han tenido que bombardear Zaragoza. En la mayoría de los casos se trata, según todos los indicios, de insubordinaciones de tropas españolas o de choques entre ellas y contingentes exóticos. ¿Cómo reaccionarán frente a conflictos de tal naturaleza los oficiales de Academia que están con los rebeldes? No es posible que el profesionalismo y el prejuicio político les haya deformado moralmente de modo tan profundo que no sientan una dolorosa perplejidad y no se pregunten si verdaderamente su deber militar y patriótico está en obedecer a Franco y contribuir así a la esclavitud futura de su patria. Habrá algunos por lo menos que arrepentidos de su crimen suspirarán por liberaciones que las circunstancias hacen todavía difíciles, ya que no imposibles. ¿Cuántos de ellos figuran en esos sangrientos disturbios de la retaguardia facciosa? ¿Cuántos murieron a manos de moros, italianos, alemanes y portugueses o fueron fusilados luego por indisciplina grave?

* * *

Un calor espantoso ha paralizado casi las operaciones en Castilla, Extremadura y Andalucía. Arden la Sierra y los cielos. Las marchas diurnas son penosísimas. Claro es que los mandos, si bien deben tener en cuenta que las temperaturas extremas son factores debilitantes, no pueden subordinar a esta consideración, de un modo absoluto, sus planes estratégicos. Los rebeldes no atacan en el Norte porque en el Centro se registran máximas de 42 grados a la sombra, sino por las causas a que aludimos al principio de este artículo. En lo que respecta a nosotros estemos seguros de que se hará lo que se pueda y lo que se deba, aunque el sol abraza y la atmósfera sea de fuego.

Lo que se pueda y lo que se deba. El deber y la posibilidad han de fundirse en la acción eficaz, no en la aventura contraproducente. Hay que pensar en el hoy y en el mañana... Y en el hoy y en el mañana se piensa. Porque de ambos ha de surgir nuestra victoria...



Un mar incontrolado y un discurso en ciernes

Hoy día 20, a las cinco de la tarde, hablará en Palermo el dictador italiano. A pesar de la expectación que en todo el mundo ha despertado el anuncio de su discurso serán los técnicos de la política europea los que afinarán más atentamente sus oídos. Y lo mismo que en el Foreign Office, en la Wilhelmstrasse y en el Quai d'Orsay se pesarán cuidadosamente sus palabras, cuya importancia nadie puede desconocer. Nunca en la historia de la humanidad ha podido tener en sus manos un hombre, merced a lamentables dejaciones, la posibilidad de desencadenar una guerra o de lograr una paz efectiva.

Siguen los comentaristas deshojando la margarita diplomática. ¿Romperá el Duce el eje Roma-Berlín? ¿Abandonará su plan de conquista española?, o, por el contrario, ¿decidirá continuar por el peligroso camino emprendido aprovechando la cobardía irritante de las democracias occidentales?

Los síntomas son contradictorios. Muerta a manos fascistas la desdichada política de la No Intervención; oscura la posición francoinglesa, sólo hasta ahora Alemania y la U. R. S. S. mantienen un criterio determinado: Hitler, de decidido apoyo a los rebeldes españoles; la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas oponiéndose definitivamente a conceder la beligerancia y a dar a los facciosos todo trato que no sea el correspondiente a su condición de rebeldes a un Estado legítimo y a un Gobierno legal. Los demás países intentan equilibrarse en el difícil balancín diplomático.

Pero existe, por encima de las decisiones *a priori*, un cúmulo de circunstancias que pueden hacer variar las más definidas directrices de conducta. Se trata del Mediterráneo. La importancia del «mar interior» es vital para Inglaterra y Francia, y los submarinos de los aliados de Franco están decididos a boicotear el comercio inglés, quizás para forzar a Gran Bretaña a más acentuadas concesiones. Francia decidió primero la defensa de sus intereses.

Pero Inglaterra, ante agresiones que han llegado a realizarse en los Dardanelos, se ha decidido también. Y los comandantes de sus barcos de guerra tienen orden de atacar, sin previo aviso, a todo buque de guerra, submarino o avión que intente agredir a uno de sus mercantes en ruta.

Aun no ha contestado el cabecilla faccioso a la protesta inglesa por el bombardeo contra el «British Corporal». Intentó echarnos la culpa. Habló de aviones disfrazados y de organizaciones tenebrosas. Toda una magnífica novela. Pero Inglaterra está, y ya era hora, un poco ahita de literatura y ha rechazado tal aserto; ha vuelto a exigir explicaciones y ha dicho a Franco que «inmediatamente» han de ser devueltos sus barcos mercantes apresados en alta mar por los piratas españoles. Y han de serle pagadas las indemnizaciones correspondientes.

En el siglo XVI, Carlos I acabó con las piraterías del Mediterráneo. ¿Acabará Inglaterra con este Barbarroja barbilampino?... Es de suponer que Franco pondrá más cuidado en sus ataques de ahora en adelante, a pesar de la irresponsabilidad que goza, merced a las dejaciones británicas. ¿Será una advertencia seria esta que le hace Inglaterra?...

Las conversaciones italoibritánicas, y con ellas la guerra española, han sido un poco desplazadas del primer plano de la política internacional, que hoy ocupa el gravísimo conflicto de China. Pero a pesar de ello no debe olvidarse que está próxima la reunión de Ginebra, que ha de tener excepcional importancia.

Además de España, China, otro país agredido brutalmente por la ambición fascista, presentará su caso indignante ante el pasivo Consejo de la Sociedad de Naciones. Ginebra habrá de tomar una decisión definitiva o seguirá la suerte de ese Comité de Londres, tapadera de la intervención más flagrantemente, que causa hoy la irritación del mundo...

GERMENES PATOGENOS EN LA RETAGUARDIA FACCIOSA

La descomposición de la retaguardia enemiga, fenómeno previsto desde las primeras semanas de la criminal botarata, alcanza en estos días proporciones extraordinarias. Es inútil que pretendan ocultarlo las restricciones de libertad a que está sometida la prensa facciosa y las cotidianas insensateces verborreicas de Queipo. Habla más alto y más fuerte el estampido de las armas que se escucha desde nuestras trincheras con harta frecuencia y que delata que en el conglomerado políticomilitar que son las filas y la retaguardia insurgentes se producen resquebrajaduras que darán pronto al traste con el bloque nacionalista de manera fatal, sin que puedan impedirlo los avatares adversos o favorables de la guerra.

El cáncer que los corroe no tiene remedio. En tanto los dirigentes del movimiento subversivo se ocuparon tan sólo de acumular hombres y material para aplastar al pueblo español pudo disimularse que entre ellos estaban latentes los gérmenes de descomposición que son, a no dudarlo, las diferencias fundamentales de criterios políticos y de aspiraciones para lo futuro que separan a los militares, a Falange Española, a los tradicionalistas, a los monárquicos de Goicoechea y a los oportunistas de Gil Robles, para no citar más que a unos cuantos del Katipunan insurrecto. Les unía el instinto de conservación y les des-

une, cuando creen haber conseguido éxitos militares que están muy lejos de ser definitivos, el partidismo, la ambición y el ansia del disfrute de un presunto botín. Al prolongarse la guerra creyeron conveniente en Burgos hacer política, en el sentido peyorativo del vocablo; se habló de la formación de un Gobierno responsable —¡y tan responsable!—, menudearon las visitas a Franco de Gil Robles, de Goicoechea, de toda la fauna de hombres públicos contra los que están decididamente los jovencitos de F. E. y, por descontado, los carlistas y muchos militares. Y para mantener la disciplina se impusieron correctivos, se removieron mandos y se sembró esa cizaña que ahora florece exuberante y que se pretende segar con el fuego en ráfaga de las ametralladoras.

Si fueran gentes capaces de tener discernimiento y previsión comprenderían que aun abortando radicalmente —que tal vez no lo puedan conseguir— esos brotes de descomposición interna no habrían logrado más que aplazar su guerra intestina, que estallaría con mayor pujanza a la hora de ese triunfo que aguardan y que jamás ha de llegarles.

Si fueran capaces de discernimiento —repetimos— darían ya por perdida una guerra a cuyo remate, si les fuese posible ganar, les aguardaría una serie de dramáticos conflictos que harían imposible toda

obra sería de reconstitución del país y que darían en el extranjero una sensación penosa de atavismo político y de incapacidad para gobernar. Sería inútil pretender que se crease en el país una apariencia siquiera de orden, porque al Estado nacionalista le faltaría el órgano coercitivo para imponerlo desde el punto y hora en que todos se creen con iguales o mayores derechos que los otros, porque todos han combatido, y que su ejército ya no es su ejército, sino un ejército extranjero y mercenario con el que no podría contar a su servicio más que el mejor postor de entre los grupos litigantes.

Esto es lo que se refiere a la enfermedad que padecen en los órganos rectores de la contienda; en el cerebro de la sublevación. En el estómago sufren otra bien grave. Ni la banca, ni la aristocracia, ni la burguesía han prestado al movimiento nacionalista —sus periódicos y su Queipo no se han cansado de decirlo— más asistencias que las puramente platónicas, y en el orden de las aportaciones del dinero necesario para la guerra, las estrictamente indispensables para evitarse multas y encarcelamientos. Entienden estas clases sociales que la guerra se hace en defensa de sus privilegios y ni han comprendido, ni comprenden, ni pueden ni quieren comprender que se les pida el aflojar los cordones de sus bolsas para sostener una lucha que los generales tenían la obligación de haber ganado hace unos meses y que se prolonga en demasía. La murmu-

ración entre estas gentes es comidilla cotidiana y el dinero les sirve para crear conflictos más o menos telúricos y disimulados a los cabecillas, sin perjuicio, ¡claro está!, de hacerles largas antesalas y de tender el brazo al cruzarse en las calles gritando el «¡Viva Franco!» y el «¡Arriba España!» que están mandados por Decreto...

Tentados de benevolencia concederíamos que otro factor moral influye en esta descomposición manifiesta de la retaguardia enemiga. Y es nada menos que el rubor. En la retaguardia enemiga —y no nos referimos, naturalmente, a los miles y miles de españoles auténticos que en ella viven contra su deseo y que suspiran por ver cercana la hora de su liberación— existen muchos compatriotas que han visto rebasada su capacidad de comprensión al aprender que sus generales quieren ganar la guerra con ejércitos extranjeros y que los extranjeros son los amos de España. Estos compatriotas, muchos de ellos nacionalistas y fascistas, sienten subir la sangre a sus mejillas ante la canallada monstruosa y no prestan ni en las trincheras ni en la retaguardia aquella ciega colaboración de los primeros tiempos, con la que contaban satisfechos Franco, Mola y compinches.

Se mire por donde se mire, la España de esos hombres hiede de puro descompuesta. Se morirán de asco.

Barrerlos cuanto antes es la labor de saneamiento que nos toca ejercer.

Y evitar los contagios.

Vinieron, con disfraz de catalanes, los primeros guerreros «voluntarios»

En la última decena de agosto Franco contaba ya con una masa importante de aviación. Aquel pacto criminal firmado por Goicoechea, Rodezno y otros «patriotas» en un hotel de Roma y por el cual Italia se comprometía a prestar auxilio a los monárquicos, tradicionalistas y generales españoles en el levantamiento proyectado precisaba de urgentes ampliaciones a la vista el cariz que tomaban los acontecimientos por la heroica resistencia del pueblo en armas. El millón de liras entregado como anticipo y los miles de fusiles enviados a Marruecos antes de la sublevación estaba visto que no resolvían ningún problema político ni militar. Era necesario hacer más y mejor, y para conseguirlo se puso en movimiento el tristemente célebre contrabandista March, que se trasladó a Italia como enviado de la Junta facciosa de Burgos, y Queipo de Llano, so pretexto de una visita a Huelva como Inspector General de Carabineros, en cuyo cargo acababa de ser confirmado por sus compinches de la sublevación —no se suelta así como así una sinecura tan saneadita—, se dió una vuelta por tierras de Portugal, de la que volvió muy satisfecho. Lo cierto es que a partir del 20 de aquel mes la precaria aviación facciosa comenzó a dar señales de una actividad extraordinaria haciendo, entre otras cosas, una espectacular exhibición sobre Madrid, que los madrileños contemplaron con curiosidad, pero sin temor. «Ventiún aparatos modernísimos» —recogemos su propia información de aquella fecha—, cruzaron el cielo de la capital y lanzaron algunas bombas, que no causaron daño alguno, sobre los aeródromos de Barajas y de Getafe.

Lo curioso del caso es que a la misma hora y en la misma fecha en que no sólo alardeaban de aparatos nuevos, pero añadiendo con su acostumbrada desfachatez que eran «de tipo modernísimo», vale decir de manufactura extranjera, la Junta de Burgos se permitía elevar a las potencias europeas una curiosa nota de protesta encendida porque creían saber que las fuerzas leales de la República empleaban aviones franceses, cosa —según ellos— contraria a los principios de una estricta neutralidad y que entrañaba una conducta desleal de Francia para con la España nacionalista que ésta habría tener en cuenta, en su día, en su política exterior...

La satisfacción de comprobar que Alemania e Italia estaban decididas a concederles una generosa ampliación de los créditos solicitados en los primeros instantes se veía empañada por las alternativas de la guerra, que no se inclinaba a su favor en ninguno

de los frentes. En lo que convencían a sus aliados de la necesidad de enviarlos, además de material y «técnicos», algunas divisiones de tropas con sus mandos y todo; el Alto Comisario faccioso en la zona de protectorado marroquí, siguiendo las instrucciones de Burgos, activaba una leva escandalosa por las cabilas, cosa siempre fácil contando con unos miles de duros para distribuirlos entre los caides de insaciable codicia que previamente habían sido nombrados desde Tetuán. Mola, el hombre de confianza de Franco, pedía refuerzos urgentes para el Norte, donde en la ofensiva sobre Guipúzcoa se habían desgastado las tropas peninsulares, falangistas y requetés navarros con que las iniciara. ¿Cómo negarle nada a Mola? Del frente de Madrid también pedían moros a toda prisa porque en Navalperal y en Peguerinos no sólo estaban seriamente achuchados por nuestras milicias, sino que a consecuencia de estos verdaderos descalabros una bandera del Tercio se les había sublevado y andaba el mando en pleno desconcierto. Y por el Sur nuestras columnas, mal de armamento, escasas de todo, pero con un espíritu admirable, seguían avanzando sobre Córdoba y sobre Granada sin que fuera obstáculo a sus progresos la movilidad del enemigo, que con sus columnas motorizadas acudía a un lado y a otro para tapar boquetes y fingir ofensivas que estaban muy lejos de poder realizar. Las primeras reservas de moros desembarcadas en Huelva, Cádiz y Algeciras fueron para Mola, que las utilizó en el Norte. Gracias a ellas se decidió a su favor, tras heroica resistencia de nuestros hombres, la lucha entablada en los aldeaños de Irún. Cayó en su poder el monte de San Marcial, posición clave, y se hizo efectiva la amenaza sobre San Sebastián, víctima casi a diario de los bombardeos de los barcos piratas «España» y «Almirante Cervera».

La segunda expedición de reservas marroquíes no llegó a Guadarrama con todos sus efectivos ni mucho menos. Se discutió en Burgos si convendría proseguir el ataque a fondo sobre Madrid, que ya en conciencia juzgaban fracasado, o si sería de mejor efecto acudir en socorro de los sitiados en el Alcázar de Toledo, en trance de inminente rendición, y Franco, que acababa de ser nombrado general en jefe de las tropas expedicionarias, porque aun estaba en agraz lo de la jefatura del Estado en espera de la decisión de Angel Herrera y de los jesuitas, se decidió por esta solución... que aun le reprochan acremente los que creían que tomado Madrid la guerra estaba terminada en poco más de quince días.

Otra tercer oleada de musulmanes, jovencuelos de catorce y quince años en su mayoría y sin instrucción militar, fué repartida entre las columnas enemigas que operaban en el Sur y más estorbaron que ayudaron a Varela y a Queipo, al punto de que en informe reservado del jefe de Información de aquel ejército faccioso se hacía saber al mando la conveniencia de poner coto al espectáculo lamentable de aquellos hombres harapientos, hambrientos, y desmandados que pululaban por los pueblecitos andaluces cometiendo toda suerte de tropelías y poniendo en riesgo la disciplina y el buen nombre del ejército «libertador»...

Los esfuerzos del Alto Comisario faccioso no daban para más. El dinero escaseaba y los caides, marrulleros y positivistas, no facilitaban más hombres. Aconteció asimismo que habían regresado a sus cabilas soldados de regulares y mejznie's heridos en los combates de la Sierra y sus relatos de lo duro de la campaña empavorecieron a las familias de los expedicionarios, originando manifestaciones callejeras en las ciudades del protectorado, que fueron reprimidas con la dureza acostumbrada en los nacionalistas, sin pararse a considerar que muchas de aquellas mujeres no pedían el regreso de sus familiares y sólo, cuando menos, que les fueran abonados los subsidios que éstos dejaron al partir y que estaban en descubierto desde hacía largo tiempo.

Ante estas perspectivas las apelaciones a Italia se hicieron más frecuentes y angustiosas y fué el día 24 de agosto cuando, por primera vez, se tuvo conocimiento auténtico de que Mussolini había dado orden de organizar con destino a España una expedición de «voluntarios... catalanes». (*Boletín de Información del E. M. del Ministerio de la Guerra*, núm. 31.)

De ahí al envío de divisiones completas, como ansiaban en Burgos, no había más que un paso. Y no se tardó en dar.

Sin duda para festejarlo la inefable Junta de Burgos tomó un acuerdo trascendental y «españolísimo»: decretar, como lo hizo, que la bandera española no era la tricolor republicana, sino la bicolor de los Borbones.

Y la izó solemnemente en los puertos donde desembarcaban los «voluntarios catalanes» que venían a esta para ellos nueva lucha abisinia...

Los representantes de Portugal y de Alemania en Madrid liaron sus maletas y se trasladaron a Alicante para salvaguardar sus vidas.

En otro país que España —que en la noble España leal— sus temores hubieran tenido fundamento...



Verdades como puños en boca de traidores

Das noches consecutivas los radioacuchas sevillanos tuvieron la sensación de que habían captado una emisora leal. Y tardaron un buen rato en darse cuenta de que aquellas críticas acerbas contra Falange y aquellas burlas despiadadas contra la mojigatería y la asfixia clericalizante e hipócrita que ahoga la zona facciosa salían de los labios del locutor oficioso, Queipo de Llano, que mientras los generales alemanes e italianos trazan planes y dirigen batallas contra la independencia española justifica su sueldo actuando de *speaker* de la emisora sevillana.

Pero se trataba de la misma voz, y era Sevilla la estación emisora. Durante más de un año de prueba los sevillanos han aprendido a distinguir quién es el hombre que dice más tonterías en menos tiempo y qué *speaker* posee la más insoportable de las voces.

En Sevilla, donde Queipo arrasó el izquierdismo militante, saben que la retaguardia de Franco se deshace. A pesar de la censura hermética, de los inexorables castigos, nadie ignora que Granada lleva quince días de patriótica rebeldía; que Málaga se aterra ante el ruido de las granadas y de las ametralladoras en sus calles; que Toledo es una ciudad donde se lucha; que Motril está en franca subversión; que en las líneas de vanguardia del ejército faccioso hay un nuevo frente interno; que un batallón de marineros gallegos movilizados se ha sublevado; que las clases pudientes de Zaragoza, golondrinas asustadas, huyen buscando climas más propicios; que sólo hay aún disciplina en las filas de los ejércitos invasores, de pueblos acostumbrados a la borreguil obediencia; que hay obispos multados y encarcelados; que el jefe de Falange ha sido condenado a muerte, y, posteriormente, deportado; que no hay trabajo; que la gente muere de hambre; que el campo de Gibraltar se despuebla; que

el «partido único» de Franco sigue siendo un mito; que el cabecilla traidor obedece a ciegas a sus amos, Hitler y Mussolini...

Todo esto lo saben en Sevilla. Pero lo que Sevilla no pudo suponer es que Queipo de Llano se «sublevara» también contra el movimiento faccioso.

Por eso al escuchar su charla del día 11 creyeron que un propagandista del Gobierno legítimo hablaba ante el micrófono.

Las amargas quejas salían, no obstante, de la boca irritada del general charlista.

Toda la peroración estuvo dedicada a atacar a Falange con trenos indignados. A Falange, llave que abre todas las puertas en la zona traidora. A Falange, la de los saludos «a la romana» y los asesinatos alevosos de hombres de izquierda.

Una señora, parienta de Queipo, le ha escrito contándole su odisea. Se hallaba en Méjico al iniciarse la sublevación, y regresó inmediatamente a la zona facciosa. Todos sus bienes se hallan en Madrid, y como Queipo no es precisamente un prodigo, la dicha señora hubo de trabajar para poder comer. En Salamanca, donde residía, se presentó a una oposición, aprovechando sus conocimientos mecanográficos, y consiguió uno de los primeros números. Hela aquí en posesión indudable y bien ganada de un puesto en el Estado. Pero el primer día que llega a la oficina le hacen saber que no puede ser admitida en ella porque no está afiliada a Falange, y el pertenecer a ese partido es condición sine qua non.

Se hace entonces dama enfermera y comienza su trabajo en un hospital de Falange. «Pero —dice Queipo— parece que en el hospital querían de ella cosas para las que no había ido y no tuvo más remedio que marcharse.»

Pide entonces trabajo en la oficina de un almacén. Luego de pasar unos días de prueba es admitida ganando un sueldo;

pero bien pronto el dueño, ante una indicación de Falange, tiene que despedirla. No pueden trabajar empleados ni obreros que no pertenezcan a Falange. Este es el motivo.

Sigue el calvario de la mujer acorralada. El falangista en cuya casa vive la obliga a fabricar bolsillos que vende a ocho duros y por cuya confección debe pagarle dos pesetas. Pero no se las paga. Porque los cinco o seis bolsillos diarios que la mujer fabrica son el pago de una habitación en la guardilla que le tiene subarrendada.

La parienta de Queipo siente cernerse sobre sí el hambre, la desesperación. Y escribe al presidente de la Falange provincial pidiendo que no se la persiga, que se la deje trabajar, que se la deje vivir... Y la contestación dice textualmente: «Estimada compañera: He recibido tu carta, y pienso que en lugar de escribirme debieras venir personalmente a verme...»

Y Queipo comenta: «¿Es que se vierte tanta sangre en España para esto? ¿Es que para esto nos hemos sublevado y luchamos?»

Y remacha al final de su charla del día: «¿Es que el que no sea falangista no va a poder vivir en España? Pues yo digo que la justicia de Falange se parece mucho a la de don Quijote.»

La descomposición del campo faccioso se ve en esas palabras. La tiranía intolerable de Falange hace saltar irritado a uno de los cabecillas rebeldes. Naturalmente, se trata de «una persona de la familia» a quien se persigue. Aterra pensar cuál será el número de perseguidos por Falange que no tengan parentesco alguno con Queipo de Llano...

* * *

Pero la noche siguiente reserva otra sorpresa a los que le escuchan. Queipo se siente asfixiado y se desahoga con la burla. Son «las damas de Estropajosa», como él dice, remedando a los Quintero, las que sufren sus ironías. Asegura que recibe miles

de cartas protestando contra la campaña moralizadora que prohíbe que las mujeres se pinten, que lleven escote, que luzcan los brazos, que no lleven medias, que se bañen sin «ceraza» y cerca de los hombres, que vayan al cine con el novio, que paseen con algún hombre por las calles una vez que anochece, que bailen, que fumen, que beban...

Y Queipo hace reflexiones jocosas, y recuerda que Ricardo de la Vega escribió que «Hoy los tiempos adelantan» y que no se puede andar por el mundo con una falsa moral trasnochada y absurda.

Y luego cuenta que se ha entrevistado con un alcalde de un pueblo de la marisma gaditana. Un viejo alcalde «patriota» de setenta y seis años, de quien hace grandes elogios. Sin embargo, es decidido partidario de la moralización y ha dictado un bando con medidas draconianas para los bañistas: «Los hombres deberán llevar un ancho bañador de pantalones largos.» La descripción del traje femenino ocuparía páginas enteras.

Queipo ha ordenado que el bando sea anulado y cada cual lleve el traje que le plazca. Y ha terminado su charla diciendo: «¡Qué viejo es usted, alcalde!...»

Y quizás está convencido ya de que todo en la zona facciosa es vejez. Desde un probable Gobierno en que Martínez Anido representa a la «nueva» España, hasta un régimen político de espadón que abre su patria a los invasores, como el legendario conde Julián a los árabes, pasando por los autos de fe y los tormentos infrainquisitoriales.

* * *

Todo es viejo, podrido, intolerable. La zona facciosa apesta y envenena. La incompetencia, la venalidad, el favoritismo, el hambre. Estos son los frutos de la cosecha que un puñado de generales sin pudor y sin palabra han conseguido sacar de la vieja tierra española ensangrentada...

EL PROBLEMA DE «LOS ULTIMOS 600 METROS»

De todos los problemas que a una infantería, que tiene por misión atacar y asaltar una posición, se le presentan ninguno tan difícil y angustioso como el que representa salvar los últimos 600 metros, lo que ha de hacer contando con sus solos medios, avanzando dentro de la zona más densa y eficaz de los fuegos enemigos, protegida con los que ella misma produce, y en precarias condiciones de enlace con las armas de fuego más potentes, que, situadas más atrás, tendrán que alargar su tiro por razones de seguridad, puesto que no siempre conocerán exactamente la posición de la primera línea.

A salvar a la infantería de este atolladero, a proporcionarle los fuegos que necesita, al tiempo que a facilitarle el camino, se aplican los carros de combate...

Los carros (1), que después de más de veinte años pasados desde que se emplearon por vez primera en la Gran Guerra, llegan a la hora actual en la que se utilizan sobre nuestro suelo en gran escala, con arreglo a unos principios y a una doctrina que sigue, en casi todas sus partes, a la que los franceses sentaron durante y después de la Guerra Europea, a saber: los carros de combate son medios suplementarios pues-

tos circunstancialmente a disposición de la infantería, a la que acompañan en la última fase del combate, abriéndole camino a través de la organización enemiga.

¿Responde esta doctrina a la realidad del momento presente? ¿Es conveniente limitarse siempre a este simple acompañamiento?

Por triste destino el suelo de España se ve convertido en campo de experiencias de todas las teorías militares que de veinticinco años acá se han sustentado, tomado cuerpo y discutido en el terreno fácil de la especulación: aviación, unidades motorizadas, carros de combate... Por lo que respecta a estos últimos, sujeto de estas líneas, conviene precisar lo que sigue: con el perfeccionamiento y la multiplicidad de las armas anticarro especiales o dedicadas también al acompañamiento, característica la más importante de las organizaciones de infantería de última hora, creemos que es un tanto ingenuo dedicar los carros solamente al sencillo acompañamiento. ¿Por qué? Porque mientras éstos se preocupan de su infantería, de que les siga, se desentienden de aquellas armas anticarro que les hacen blanco de sus tiros, preparados y realizados con tranquila impunidad.

De modo que si la infantería necesita del apoyo de los carros, éstos también precisan de protección, que habrán de proporcionarles:

(1) ¿Carros de combate o tanques? Mientras no se nos haga apaar del burro, preferimos el nombre castellano, de castizo abolengo.

a) La infantería, con sus armas automáticas y de acompañamiento.

b) La artillería, con sus concentraciones, las mismas de que se beneficia la infantería u otras especiales; y

c) Las armas anticarro propias.

Los fuegos b) son eventuales por lo que respecta a los carros, mientras no se conozca exactamente la situación de las armas anticarro contrarias y éstas estén fuera de la distancia de seguridad. Los fuegos a) y c) son, por la proximidad de sus orígenes a la primera línea propia, de un interés mucho mayor para los carros. Los a) persiguen la neutralización y la destrucción, empleando calibres y proyectiles especiales; los c) pueden sustituir al cañón de acompañamiento y deben tender a la destrucción por la potencia (con proyectil rompedor) y ajuste de sus tiros. Es esta una ayuda y una protección de un valor enorme para los carros y sobre la que conviene insistir.

Repetimos la necesidad de los carros: no pueden atender a su autoprotección, que necesitan les sea facilitada por las fuerzas que les siguen, encaminada de una manera concreta contra las armas anticarro, únicas temibles para ellos, puesto que, por definición, son invulnerables a los pequeños calibres. Aquellas armas anticarro, por lo general, no se revelarán hasta que los carros se pongan a tiro, es decir, a distancia de asalto, momento al que deberán estar atentas las armas propias encargadas de esta protección para hacerlas inmediatamente objeto de sus tiros. Es decir, que se trata de llegar, según esto, a un duelo de artillerías o de piezas anticarro, bien que la contraria sólo busque el im-

pacto directo sobre los carros propios.

Asegurar en todo momento esta protección, de modo que los carros propios puedan desembarazadamente dedicarse al acompañamiento de su infantería, es asegurar el éxito de la operación.

* * *

A falta de estas armas o de esta organización del ataque, ¿podría imaginarse algo que las sustituyera en la misión a que más arriba nos referíamos? La única solución posible hay que buscarla dentro de los carros, enfocando su empleo desde un nuevo punto de vista, del que vamos a ocuparnos.

Supongamos que disponemos de dos tipos de carros, que vamos a emplear de manera diferente:

Ligero, pero potente y bien armado de cañón y ametralladora; de buen andar (30-40 km. h.), y de radio de acción superior a los 100 km.

Ligero, de poco tamaño; blindado a prueba de los pequeños calibres; armado de ametralladora; de velocidad no superior a los 20 km. h. y de radio de acción comprendido entre los 50 y 100 km.

Los segundos los emplearíamos en misión de acompañamiento normal, en el que encontrarían ventaja sus escasas dimensiones.

En cuanto a los primeros los lanzaríamos en momento oportuno, por ejemplo a la misma hora de desencadenar el ataque de la infantería y de sus carros de acompañamiento, en dirección a las organizaciones enemigas, a ser posible por un flanco, sin preocupación alguna por la infantería ni por los carros que la han de

preceder ; dirigidos sobre las presuntas zonas de emplazamientos de las armas anticarro enemigas se dedicarían a su «caza», atacándolas de revés, haciendo fuego a boca de jarro sobre ellas y, llegado el caso, aplastándolas con su masa, ejecutando una suerte de golpe de mano, puesto que una vez cumplida esta misión habrían de regresar seguidamente a sus bases de partida.

Esto requiere, es cierto, audacia, rapidez, decisión y una entrada en acción lo más secreta posible ; y también «rastrillar» el terreno varias veces, en tanto quede un arma anticarro en batería. Y como no tienen ninguna infantería a la que proteger y acompañar su acción está desligada de toda servidumbre que no sea la del terreno, al que habrá que prestar gran atención en su estudio preliminar, lo mismo que al jalonamiento de los itinerarios, diferentes para la ida y para el regreso.

Para el que crea ver en esta modalidad de empleo de carros reminiscencias

del clásico del de los *medios* y *pesados*, en misión de abrir camino y allanar obstáculos a los ligeros, diremos que lo aquí defendido se encamina SOLAMENTE a poner fuera de combate a las armas anticarro de primera línea, enemigo el más importante con el que los carros de acompañamiento propios han de bregar, por la calidad y número con que se vienen empleando, y que, al paralizar la acción de los carros, desbarata el ataque de la infantería.

Es más ; no es absolutamente preciso que las dos clases de carros de que venimos hablando sean específicamente diferentes ; puede muy bien aprovechar el mismo modelo, siempre que goce de características intermedias entre las más arriba citadas.

El ideal al que conviene llegar es a combinar la protección de los carros con la doble acción de éstos aquí preconizada.

E. GARCIA ALBORS
Capitán de Infantería



EN LA ZONA FACCIOSA

Ha celebrado sesión la Diputación Provincial de Zaragoza, adhiriéndose a la proposición presentada por la Cámara de Comercio para que Zaragoza sea designada capital de España. El presidente de la Diputación, en su reciente viaje a Burgos, habló sobre este particular con Jordana, quien parece acogió la iniciativa con satisfacción, quedando en estudiarla cariñosamente en momento oportuno.



Ha fallecido en Sevilla el cardenal Ilundain.



Se ha inaugurado una mezquita en Vigo en terrenos inmediatos al Hospital Militar de Bellavista. Al acto asistieron todas las autoridades locales. El fakir Ben Abselam Gomari dió las gracias, en nombre de las fuerzas moras, a Galicia y a Asturias, y en especial al general Aranda; comandante militar de la plaza de Vigo, don Felipe Sánchez, por las facilidades dadas para la construcción de la mezquita. Terminó vitoreando a España y al «generalísimo» Franco.



El *Daily Herald* del día 6 dice: «Las disensiones en la retaguardia facciosa han tomado una nueva modalidad por la actitud adoptada por los alemanes en Andalucía. Pretendiendo que Franco no les paga en proporción al trabajo que realizan, los ale-

manes han decidido apoderarse de las administraciones municipales y de las aduanas. La Línea, Algeciras y otras poblaciones del campo de Gibraltar tienen ya alcaldes alemanes que ejercen su autoridad desde los ayuntamientos.»



El Gobernador militar de Pamplona ha publicado en la prensa una circular en la que se dice que con objeto de atender los servicios de retaguardia sin apremios ni dificultades, para que las necesidades del frente no sufran interrupción, se ordena que todos los varones comprendidos entre los 30 y los 45 años se alistén en Falange Española, Tradicionalistas y de las JONS.



Han llegado a Tánger numerosos marroquíes desertores del ejército de Franco. La mayoría de ellos vienen del frente de Madrid. Han manifestado que en las filas insurrectas combaten en la actualidad unos 30.000 árabes aproximadamente, que han tenido bajas grandísimas en los últimos combates. Estas bajas se cubren con nuevos elementos árabes que proceden de Libia y son enviados por las autoridades italianas.



Dicen de Gibraltar que el número de españoles que huyen de la zona facciosa y llegan a la plaza inglesa aumenta de día en día, constituyendo un problema su alo-

jamiento. Más de 500 han llegado en el curso de la pasada semana, a pesar de las intensas precauciones de los facciosos.

★

El semanario francés *Candido*, uno de los más repugnantes libelos, que ha estado hasta ahora al servicio de los facciosos españoles, dice en su último número que «la coincidencia de intereses políticos no llega a enmascarar la sorda hostilidad existente entre las fuerzas de distintos países y razas que combaten contra el pueblo español». Añade que en España se está desarrollando una guerra de conquista colonial.

★

El Ayuntamiento de Málaga ha solicitado el ascenso de Queipo a teniente general. También ha solicitado que se le conceda la Laureada!...

★

La charla pronunciada el día 12 por Queipo de Llano es particularmente interesante. Insiste en sus burlas contra la campaña moralizadora y los edictos de los gobernadores en este sentido. Propone en sus palabras, jocosamente, que hombres y mujeres vayan metidos en sacos, dejando sólo al aire los ojos, que irían cubiertos con unas gafas oscuras.

★

En la exhortación que el *A B C*, de Sevilla, dirige con motivo de la «falta de res-

peto» que se observa en el público al oír el *Himno nacional* se dice: «España y la tradicional Cruzada, que es España misma, grande y unida, no podía tener otro himno. Es desacato a España la simple indiferencia ante el *Himno nacional*. «Y es delito el menosprecio de él». A sus acordes España está presente...», etc.

★

Franco ha dispuesto que se pague un céntimo por cada vaina de proyectil de fusil que sea entregada en los gobiernos civiles, comandancias y cuarteles.

★

El gobernador militar de El Ferrol ha impuesto una multa de 4.000 pesetas al fabricante de conservas Manuel Piñeiro por pagar a sus obreros jornales más bajos de los estipulados y carecer de máquinas con la protección necesaria. También ha impuesto multas a cinco contratistas de obras de Cambados.

★

En el Gobierno Militar de Pamplona publicaron el siguiente aviso: «Por orden del día 18 del anterior (*B. O. del Estado*, núm. 271), dispone S. E. el Generalísimo la incorporación a filas de los reclutas pertenecientes al tercer trimestre del reemplazo de 1939, verificándose durante los días del 10 al 16 del actual, y con las mismas normas generales de las concentraciones anteriores.

A Ñ O I

20 AGOSTO 1937

NUM. 8